

Capítulo III

Viaje a la laguna de Chiriquí. — Portobelo. — Costa Mosquitia. — Chrico Mola. — Residencia allí. — Zarzaparrilla. — Excursiones al interior. — Historia de un buscador de oro. — Partida de caza. — Vista del Atlántico y Pacífico. — Visita de una corbeta de guerra. — Carácter y costumbres de los Valientes. — El árbol de soupa. — Serpientes. — Bucaneros. — Los Indios Chilibés, Tiribés y Blanco.

En el año 1817, mis viajes a San Blás fueron interrumpidos por una severa indisposición que me redujo a un estado de gran debilidad. Una vez convaleciente, acepté la oferta de un amigo para acompañarlo en un viaje de comercio a la Ensenada de Mandingo y a diferentes partes de la Costa de los Mosquitos. Su objetivo era desembarcar mercaderías a sus agentes en distintos lugares y traer de ellos tales cantidades de fustoc, conchas de tortugas, zarzaparrilla, cacao, etc. como las que recogimos, después de vender el resto de sus artículos a los Españoles en Coclec, Río de Oro, Matina, y en el Río San Juan de Nicaragua, por especies y oro.

De acuerdo proseguimos a la costa de San Blás y transamos negocio en Nueva Celedonia, el río Mosquito, Sarsadee y la Ensenada de Mandingo, recibiendo allí considerables cantidades de conchas, cacao y otros productos valiosos. Volviendo de la costa de San Blás, pasamos por Portobelo (*) y continuamos hacia la Laguna de Chiriquí, la que, aunque tan lejos al sur, es considerada como parte de la Costa Mosquitia bajo la jurisdicción del Rey Mosco, quien a pesar de que los Españoles la consideran parte de su Provincia de Veragua, anualmente envía a su almirante a recoger el tributo de los nativos. Veragua se junta a Costa Rica a unas pocas millas al occidente de Bocas del Toro, o la Bahía del Almirante. Costa Rica se extiende a Punta del Gordo, la que está a una corta distancia al norte del Río San Juan; y puede ser considerada la frontera de las reales —y nominales— posesiones Españolas en esa parte de la costa.

En Punta del Gordo, puede decirse que comienza la Costa de los Mosquitos propiamente dicha; y aquí nos encontramos con la pequeña tribu independiente de Indios llamados Ramas. De aquí a Cabo de Gracias a Dios, donde el Rey Mosco, principalmente reside, la costa se extiende de

(*) Ver Apéndice, Nota II.

VIAJES Y EXCURSIONES

norte a sur por una distancia de cerca de doscientas veinte millas. De Cabo de Gracias a Dios la costa se extiende hacia el oeste y noroeste al río Patuca y la distancia es de unas cien millas. De aquí al pequeño Río Romano rumbo al oeste una distancia de noventa millas; formando así una línea de costa de cerca de cuatrocientas diez millas de largo, en la cual los Españoles nunca han podido establecer ninguna efectiva colonia.

A nuestra llegada a la Laguna de Chiriquí, gustamente consentí a la propuesta, hecha por mi amigo, de subir el Río Chrico Mola (o quizás más propiamente, Chrickam Aula) por cerca de veinticinco millas al establecimiento principal de los Indios Valientes, sitio que se dice extremadamente saludable para allí quedarme para recuperar mi salud, familiarizarme con los usos y costumbres de esa tribu y abrir el comercio con los indios del interior del país.

Habiendo seleccionado y alquilado tres grandes canoas entre las que se habían reunido alrededor del barco, las cargamos con mercadería valorada en cerca de trescientas libras; y a mediodía salimos para el establecimiento de los Valientes, donde mi amigo había ya formado una conexión con uno de los traficantes nativos.

Encontré que el río tiene dos bocas, formadas por una pequeña isla a la entrada. La una, al oeste es la más ancha, teniendo sólo dos pies de agua de la barra; la otra tiene tres. Después de estas entradas, tiene una profundidad considerable hasta el primer raudal, una distancia de cerca de doce millas.

En este raudal el terreno se eleva a ambos lados y hasta llegar al establecimiento el río está tan lleno de cascadas, rocas y raudales que sería imposible para personas no acostumbradas a tales sitios descenderlo aún en las canoas más livianas. Los indios al subirlo se ven forzados, frecuentemente, a poner a un lado los remos y usar varas largas; y en algunos sitios aún a pasar sus canoas, por sobre los caudales, a fuerza de brazos, lo que la fuerza de la corriente hace una tarea no muy fácil; las rocas lisas y las piedras redondas hacen difícil encontrar donde poner con firmeza los pies. Entre los raudales sin embargo hay muchas extensiones tranquilas y profundas del río, algunas de ellas cerca de una milla de longitud; y las riberas están cubiertas por una variedad de majestuosos árboles y arbustos de los más vivos colores, nada de lo que he visto desde entonces es más atractivo y bello. Después de pasar muchas cascadas y raudales llegamos al primer establecimiento de los Valiente. Las casas están situadas a pequeña distancia del río; y están rodeadas de grandes plantaciones de plátanos, bananos, yuca y cacao.

Arriba del primer establecimiento, la tierra continúa ascendiendo gradualmente, y a una distancia de cerca de treinta millas, asume una apariencia montañosa.

En la tarde del día siguiente en el que dejamos el barco, llegamos a la casa del traficante nativo, situada en la ribera moderadamente alta y cerca del río. Mi nuevo amigo, Whykee Tarra, el traficante a que aludo, estando informado de mi intención de permanecer con sus paisanos, me recibió muy cordialmente e hizo los preparativos para obedecer las órdenes que había traído para él, a saber: proseguir al barco con los artículos que hubiese recogido y ayudar a obtener conchas de tortugas en la costa.

Después de darme posesión de su casa e instruir a su esposa, que entendía un poco de Inglés, para que pusiera toda su atención en mi bienestar doméstico y para ayudarme como intérprete en mis tratos con los nativos, partió para la laguna, llevando consigo una considerable cantidad de cerdos, gallinas, huevos y plátanos para el uso de la tripulación.

Estando así instalado en mi nuevo albergue, y estando el cacique del lugar informado de mis intenciones, un mensajero fue enviado, por su indicación, a dar la noticia a los Indios que viven en el interior, de que un comerciante Inglés había venido a vivir con ellos. A su regreso me informó que en dos o tres días muchos de estos indios me visitarían, trayendo zarzaparrilla y otros productos que ellos tenían que ofrecer en venta.

En efecto, pronto comencé a recibir visitas de distintas familias, algunas veces de diez a veinte personas en cada grupo, cada una de ellas trayendo de cincuenta a ochenta libras de zarzaparrilla (*) en grandes sacos hechos de zacate de seda con una tira larga del mismo material atada en la boca. Estos, cuando llenos, parecen canastas, de las cuales la tira forma la agarradera; y los llevan suspendidos a las espaldas de los indios con la agarradora puesta sobre la frente. Las mujeres y los niños venían cargados en la misma forma en proporción a sus fuerzas.

Me trajeron gran abundancia de aves y algunos buenos cerdos y también muchas, extremadamente nítidas, bolsas de diversos tamaños hechas de zacate de seda y teñidas en varios colores brillantes. Algunas de las hebras de las bolsas eran tan delicadas como encajes.

Escarlata, azul, amarillo y púrpura eran los más predominantes colores y cuando recientemente teñidos aparecían muy frescos y brillantes, pero no soportan la lluvia o el clima, lo que demuestra que aunque los Indios poseen

(*) Smilax Sarsaparilla, Linn.

VIAJES Y EXCURSIONES

muy valiosos tintes, no tienen el secreto de hacerlos durables. También me trajeron un número de cuerdas pequeñas, de veinte a treinta brazas de largo, hechas de fibras mezcladas de algodón y zacate de seda. Ellos tienen la costumbre de intercambiarlas con los Indios pescadores de la costa, quienes las usan para amarrar tortugas, etc. Yo les di a cambio de esos artículos, anzuelos, chaquiras, espejitos holandeses, cuchillos y otros objetos de poco valor.

Los Indios de la costa se creen con derecho de asumir aires de superioridad sobre estos "montañeses", por razón de los tratos con los traficantes que sostienen aquellos. Por lo que a mi respecta, yo he encontrado a estos nativos del interior, inofensivos y honrados en sus tratos y satisfechos con lo que se les diera a cambio de los artículos que traían. En verdad, que muchas de estas cosas que traían me eran perfectamente inútiles, pero me puse la regla de nunca rehusar nada que me ofrecieran, o hacer que se regresaran a sus casas completamente desalentados en sus esperanzas. En tal caso unas cuantas chaquiras, un espejo, un poco de tabaco, y unas cuantas pipas, o alguna otra cosa trivial, los satisfacía y agradaba.

Muchas de estas gentes, que entonces y posteriormente, me visitaban según me dijeron, y tenía toda razón para creer, venían de las tierras bajas fronterizas al Océano Pacífico, habiendo cruzado las montañas a unas treinta millas arriba de este establecimiento. Estas montañas son de una elevación considerable, cubiertas de bosques hasta en las cimas y formando una frontera natural entre los Valientes y esos Indios que ocasionalmente trafican con los Españoles.

Siendo la zarzaparrilla uno de los principales artículos de comercio con estas gentes, y siendo sus virtudes medicinales cada día más populares en Europa, puedo aquí indicar que la clase que se obtiene en las Savannahs es más estimada que aquella que se extrae de las montañas, siendo más gruesa y conteniendo mayor cantidad de substancia medicinal. La de las montañas es tan fibrosa que es raro ver un tallo del grosor del cañón de una pipa de tabaco, y la mayor parte se le arruina al secarse de una manera artificial, descuidada y apresurada en vez de en una forma regular y gradual de exposición al sol. Por este método frecuentemente se quema y se vuelve tan negra y descolorida que es casi inútil; al recibir la menor humedad se vuelve mohosa y se pierden sus cualidades esenciales, quedando, por lo tanto totalmente inútil.

Después de residir por un tiempo en Chrico Mola, los Indios del lado sur de las montañas me traían con frecuencia monedas españolas y piezas de plata para la compra de pailas de hierro, machetes, vajillas de barro y tela. Muchos de estos Indios eran mal vistos por los Valientes por razón de su familiaridad con los españoles. Sus discusiones sobre el tema ter-

minaban a menudo en derramamiento de sangre, y los Valientes muy rara vez se acercaban a territorio español. (Ver Apéndice, Nota III).

Desde el principio de mi llegada a Chrico Mola fui adquiriendo fuerza corporal, y seguí el ejemplo de los habitantes, chicos y viejos, bañándome a diario en el río, que es aquí tan límpido como el cristal, y agradablemente frío. Los lagartos no suben más allá del primer raudal, así es que no hay peligro de ser molestado por ellos, y a estas frecuentes abluciones atribuyo, en gran parte la rápida recuperación de una salud perfecta.

En menos de seis semanas después de mi llegada yo había conseguido más allá de cinco mil libras de zarzaparrilla; y pensando que una regular cantidad de este valioso artículo se podría conseguir aquí para suplir el mercado de Jamaica, una vez que los Indios fueran animados a recogerlo, llegué a la determinación de permanecer en Chrico Mola por lo menos hasta la próxima temporada. Al regreso de la embarcación que me había traído aquí, bajé a la Laguna y comuniqué mis ideas sobre el tema a su dueño, quien, previendo las ventajas que se derivarían de que un europeo permaneciera como residente entre los Valientes, inmediatamente consintió a mi propuesta. Habiéndole entregado el producto que había recogido, recibí un mayor contingente de artículos que yo consideraba necesario para el consumo de los nativos hasta que él efectuara su regreso.

No fue sin ciertas dudas de mi propia prudencia que me encontré junto con la mercadería completamente a la merced de mis nuevos amigos. Sin embargo, yo había adquirido considerable confianza con los caciques, quienes, en una de sus Conferencias o Concejos, tomaron la resolución de darme toda protección y todas las facilidades en su poder para comerciar; y para mayor prueba de su buena voluntad, el cacique principal me ofreció una esposa India y toda clase de facilidades de acomodo.

Como había recobrado las fuerzas, y tenía mucho tiempo en mis manos, y habiendo sido siempre inclinado a la caza y la pesca, fui gradualmente extendiendo mis expediciones al interior. Con la ayuda de una pequeña brújula de bolsillo, poco temía perderme, y habiéndome familiarizado con las veredas indígenas, a menudo penetraba muchas millas en los bosques, llegando a soledades a las que aparentemente, ningún ser humano me había precedido.

Había oído con frecuencia que se podía encontrar oro en abundancia en la región alrededor de Chrico Mola y que los Indios estaban bien familiarizados con los sitios donde había sido descubierto. Su celo de los extranjeros y su temor de excitar la codicia de los españoles, les inducían, sin embargo a guardar sigilosamente sus conocimientos y el siguiente hecho que

VIAJES Y EXCURSIONES

tuvo lugar hace algunos pocos años es ilustrativo de este sentimiento de su parte.

Un mulato de Jamaica, llamado Wadderburn, quien por un tiempo había sido residente de Chrico Mola tenía la costumbre de comerciar en sitios donde se encontraba con españoles. Se familiarizó en una de sus excursiones con un criollo español, el que, habiéndose disgustado con sus patrones, propietarios de una mina de oro cerca de veinte millas arriba del Río de Oro y cerca de treinta de Punta Valiente, convino en acompañar al comerciante y tomar residencia en Chrico Mola. Poco después de su llegada descubrió indicios de oro en la vecindad del río, y ausentándose por varias horas cada día atrajo la atención del mulato, a quien le confesó que había descubierto oro y que con la ayuda de una barra vieja había cavado y recogido varias onzas. Ya fuese que no supiera del celo de los nativos, ya que no tuviera la debida precaución, él no pudo eludir la observación de aquellos. Uno de ellos pidió un Concejo de caciques, quienes al siguiente día llamaron al mulato y le exigieron que les entregara al español para sacarlo de su territorio. Se le aseguró que no le ocurriría ningún daño y que se le proveería de una canoa y de todo lo necesario para que pudiera llegar a Portobelo, o a algún otro sitio seguro. De acuerdo con el arreglo partió acompañado de algunos nativos, quienes se encargarian de verlo salir. Los nativos volvieron dos días después pero el español nunca fue visto de nuevo por los traficantes. No dudo que lo mataron para evitar el riesgo de molestias de parte de los Europeos en lo referente a minas de oro en su país.

A pesar de este caso, a menudo en mis andanzas de cacería, me detenía a buscar oro, especialmente cuando el paso estaba obstruido por zanjones y cauces secos que bajan de las montañas; pero por entonces no estaba familiarizado con las indicaciones del precioso metal, y nunca consideré seguro, o prudente, el permanecer estacionario por un período de tiempo en estos lugares solitarios tan remotos de la habitación de los hombres.

Al regreso de una de mis excursiones el cacique del establecimiento, llamado por los traficantes Jasper Hall, me dijo que algunas de las mujeres habían descubierto las huellas de un extraordinario animal que las había llenado de terror; y que ninguno de los cazadores podía dar, por la descripción, qué era; las mujeres insistían que sólo podían ser huellas del Demonio.

El cuento excitó mi curiosidad; y no dudando que podría llegar a ser un animal, probablemente desconocido en Europa, le persuadí a formar una partida de caza e ir en su búsqueda. Jasper, otros tres hombres y yo, bien proveídos para permanecer una noche o dos en los bosques, si fuese nece-

sario, salimos al romper el alba, bien armados, y llevando a tres de las mujeres como guías.

Después de caminar por cuatro horas por rumbos desconocidos, llegamos a una cañada profunda por la que ascendimos por cerca de una milla a un lugar donde las huellas eran visibles. Al llegar al sitio Jasper prorrumpió en carcajadas y me gritó: "Eh, Roberto, huella diablo aquí!" y al investigar encontré que las tales huellas eran las señales de mis zapatos de zuela clavetada que había dejado allí en una de mis excursiones. Habíamos llegado a la cañada por distinto rumbo del que yo había llegado a ella y me divertí al darme cuenta que había llegado tan lejos sólo para encontrarme con mis propias huellas.

No me detendría en tan nimia ocurrencia si fuera que además de ser indicativa de la mentalidad indígena, fue motivo de una excursión que tenía muchos deseos de realizar. Nos encontramos con diversas piezas de caza, más no había disparado un solo tiro, por temor de espantar al extraño animal en cuya búsqueda íbamos. Las mujeres habían traído plátanos y cazabe, y ahora nos propusimos pasar un par de días en los bosques y empeñarnos en cazar algo para llevar a la casa. Los indios erigieron unas casas chozas en el lugar y se dejó que las mujeres les pusieran techo de hojas de plátanos salvajes. Proseguimos el asconso de la cañada por un buen rato y por fin oímos el ruido del pecari o zahino y poco después descubrimos una manada de cerca de cien animales. Matamos cerca de veinte y la detonación de nuestras armas de fuego atrajo a las mujeres a ayudarnos, y todos nos dedicamos a cortar la glándula en el lomo del animal y dividirlo en pedazos con el propósito de asarlos en barbacoa. Esta operación se lleva a cabo construyendo un marco de madera con ramas de árboles y cubierta de hojas sobre las que se coloca la carne, se prende fuego por debajo y así la carne no sólo es ahumada sino asada, que es cuando se considera suficientemente curada. Así se conserva por varias semanas.

Las orejas del pecari son cortas, puntiagudas y erectas; los ojos están hundidos en la cabeza, el cuello es corto y grueso, las cerdas son tan largas como las del erizo, más largas en el cuello y la espalda; son de un color negro anilladas de blanco; tiene un collar blancocenizo de los hombros al cuello; en tamaño y en color, se parece algo al cerdo de la China; no tiene cola, en la espalda tiene una apertura glandular por la que destila constantemente un líquido delgado y fétido. Si el animal es muerto por la tarde y se corta esta glándula cuidadosamente, y se lava el líquido inmediatamente, la carne es un alimento agradable. Gruñen con un sonido ronco y fuerte, y cuando son molestados hacen el ruido más desagradable con sus colmillos, que apenas se les ven cuando tienen la trompa cerrada. Algunas veces se volverán con furia sobre su atacante, cuyo mejor refugio, en tal

VIAJES Y EXCURSIONES

caso, es subirse a un árbol, y luego si tiene buenos perros, manteniéndolos en jaque, puede matarlos a su gusto mientras tenga municiones. Se alimentan principalmente de frutas y raíces y muchas veces causan daños en las plantaciones de plátanos y casabe.

Permanecimos en las chozas toda la noche, y a la mañana siguiente, dejando a las mujeres terminar la operación de curar el producto de nuestro trabajo, renovamos nuestra expedición.

Habiendo oído a menudo que los océanos Atlántico y Pacífico pueden ser vistos al mismo tiempo desde la cima de una montaña a unas treinta millas de Chrico Mola, o a unas veinte del sitio donde ahora nos encontrábamos, yo estaba sumamente interesado en confirmar tal aserción, y persuadí a Jasper que tomara esa dirección. Nuestro camino, al seguir la ruta de aquel lugar, estaba libre de malezas y de cualquier otro impedimento, al menos que nos encontráramos con cañadas, que son, en ciertos sitios, anchas, y con los fondos y las laderas parcialmente cubiertas de grandes masas rocosas. Habían algunas pozas de aguas profundas en esas cañadas en las que se podían ver gran número de pequeños peces. En la temporada de lluvias, cuando esas cañadas contienen grandes masas de agua, se hace prácticamente imposible el cruzarlas.

Por la tarde logramos alcanzar la cima de la montaña, donde fui ampliamente remunerado por la gran fatiga y dificultades del ascenso. La montaña no termina en un pico o cono, ni tiene la apariencia de origen volcánico, sino más bien la continuación de una cadena o sierra de montañas, que se levantó más alto que cualquiera de las otras de la inmediata vecindad.

Cerca de quinientas yardas sobre la cima, el descenso, hacia el Pacífico, comienza más o menos abruptamente; y es más precipitado que por el lado que ascendimos. Montañas aún más altas aparecen hacia el Este en dirección de Panamá y Chagres. Al noroeste, una inmensa e ininterrumpida cadena de montañas se presenta a la vista hasta donde el ojo alcanza; y aquí y allí, varios elevados picos aislados teniendo la apariencia de volcanes, se levantan de la cadena. Tuve una clara y distinta vista de ambos océanos; muchas de las islas en las Lagunas de Bocas del Toro y Chiriquí en el Atlántico se veían claramente, más no pude ver a Quibo, ni ninguna de las islas del Pacífico, que pensaba que si estuvieran bien trazadas en el mapa hubieran sido visibles. Las inmensas florestas de árboles magníficos que vegetan en las riberas de todos los ríos del país y cubren las montañas hasta sus mismas cimas, impiden el seguir el curso de los ríos; sin embargo, el país, desde el sitio en que obtuvimos esta deliciosa vista, presentaba el mapa de una inmensa floresta, diseñada en gran escala por la Naturaleza.

Como se aproximaba la noche y hay muy poco crepúsculo en estos climas, los Indios estaban impacientes por descender y con pena abandoné el risco desde el cual había contemplado tan espléndida vista. Bajamos por la cañada y habiendo recogido una cantidad de hojas de plátanos, ascendimos por uno de sus lados y recogiendo leña encendimos una fogata en la que nos cocinamos la cena de carne de zahino que habíamos traído.

Me eché sobre mi cama de hojas de plátano y habiéndome encomendado a Aquel cuyas magníficas obras había estado admirando, y quien, por su Providencia, guía igualmente a Indios y Europeos, me sumí en un profundo reposo con tan completa sensación de seguridad, como si hubiese estado en medio de la civilización y rodeado de numerosos amigos y parientes.

A la primera aparición de la aurora, pusimos nuestras escopetas en orden y descendimos la montaña a paso rápido. Tiramos varios guans y loras, y al medio día llegamos a las chozas donde encontramos a las mujeres en perfecta seguridad. Habiéndonos refrescado y descansado, nos preparamos para el viaje de regreso, cada cual llevando su proporción de provisiones y de caza, producto de nuestra expedición. Llegamos a nuestro establecimiento después de la caída del sol, muy fatigados, pero satisfechos del resultado de nuestra gira.

Inmediatamente después de nuestro ingreso, tuve una buena oportunidad de cerciorarme hasta dónde podría uno confiarse de que los Valientes repelieran cualquier intento de invasión de parte de sus enemigos. Encontré el establecimiento considerablemente alarmado y a toda su población sobre alerta. Un extraño barco de guerra había llegado a la laguna y había anclado en la boca del río Chrico Mola, después de haber disparado contra dos canoas pescadoras de los indios Valientes, sin duda alguna como señal para atraerlos hacia el barco; pero los Indios, tomando eso como indicio de hostilidad, se lanzaron al agua, nadando llegaron a la ribera y dieron la voz de alarma de que se acercaban los Españoles. Una bandera roja había sido izada en una pequeña isla en la boca del río, probablemente como señal para los nativos de que llegaran a ese lugar; más cuando esas gentes oyeron el sonido de los tambores y el disparo del cañonazo vespertino, llegaron a la conclusión de que serían atacados, especialmente cuando una canoa llegó con el informe de que había visto un bote grande cargado de Europeos armados que iban río abajo, un poco más allá del primer raudal. Encontré a los Indios llevando a sus mujeres, niños y pertenencias al otro lado del río, a la seguridad de los bosques; y como por este tiempo yo tenía una considerable cantidad de carey, zarzaparrilla y otros productos bajo mi cuidado, expresé mi parecer de que si eran Españoles u otros los que venían con intenciones hostiles, era probable, que habiendo reconocido el campo, intentarían forzar su paso, durante la noche, o muy temprano de

VIAJES Y EXCURSIONES

mañana; y que si se les permitía pasar los raudales, la destrucción del establecimiento era inevitable; pero que si se luchaba en cada raudal sucesivamente, podríamos defendernos fácilmente no sólo contra las gentes de este barco sino contra cualquier fuerza que se echara sobre nosotros. Los Valientes se pusieron de acuerdo conmigo con verdadero entusiasmo.

Distribuí entre ellos las escopetas que tenía para la venta. Además, recogimos cuarentitrés mosquetes y escopetas, junto con lanzas, arcos y flechas en las diferentes chozas a lo largo del río. Les repartí unos barriles de pólvora y todas las balas que tenía almacenadas. Los hombres se apostaron en los distintos raudales como si el ataque hubiese comenzado, y todos estaban confiados del resultado.

Por la mañana una canoa grande armada fue enviada río abajo para hacer un reconocimiento y se encontró con el Capitán Cox y algunos oficiales del bergantín de Su Majestad "Sheerwater" que venían río arriba en un bote grande, manejado por tres de los Valientes. El Capitán Cox me informó que navegando a lo largo de la costa hacia San Juan, debido a calmas y fuertes corrientes occidentales fue arrastrado a sotavento de Bocas del Toro, y habiendo oído que había un establecimiento Inglés en Chrico Mola, la curiosidad y el deseo de ser útil a sus paisanos le indujo al empeño de encontrarlos.

Todos estos oficiales permanecieron conmigo hasta el siguiente día. La curiosidad atrajo a un buen número de Valientes, quienes se congregaron alrededor de mi casa para ver a los extranjeros, cuyo comportamiento fue ordenado. Las doncellas Valientes fueron muy admiradas y mis paisanos estuvieron contentos de admitir, que, por lo general, estas gentes eran muy superior a la de cualquier otra tribu que hayan visto en la costa. Cuando el Capitán y los Oficiales se despidieron me expresaron su satisfacción por la visita. Les proveí de provisiones frescas que pude recoger en tan corto tiempo, así como de curiosidades indígenas que había coleccionado y las que pude conseguir entre mis amigos Valientes. Los Indios que los acompañaron al barco me trajeron de regreso té, café, azúcar y vino; yo, para reciprocárselos, hice que mis amigos siguieran al Capitán Cox a través del canal de las Montañas Partidas, en la laguna de Bocas del Toro, con unas docenas más de aves, plátanos, etc.

Esta visita provocó considerable especulación entre los Indios, a quienes me esforcé en convencer de que era de sumo interés para ellos mantener cordiales relaciones con los Ingleses; que su región producía numerosos artículos, muy valiosos para el comercio inglés; y, que ellos sólo necesitaban ser conocidos para ser visitados por grandes embarcaciones mercantes directamente venidas de Inglaterra. Por lo general, esta visita, y mis consideraciones sobre ella, causaron gran impresión en la mentalidad de los nativos;

y posteriormente, a consecuencia de ellas, me tuvieron mayor grado de estimación.

Varias costumbres de los Valientes parecen ser peculiares de su raza. Cuando uno de ellos muere, su cuerpo es enterrado en el piso de la casa ocupada por la familia; la única excepción a esta regla es cuando el Indio ha muerto por la picadura de una serpiente, o que haya muerto en una riña con alguno de su propia tribu. En cualquiera de estos casos, son enterrados bajo una casa en su propia heredad y sus implementos de guerra y otros utensilios, son enterrados con ellos; su canoa es generalmente partida en dos y colocada sobre la tumba. Además, aun los chagiütes y las provisiones pertenecientes a esas personas son inmediatamente destruidas. A la muerte de un familiar, ellos muestran extraordinario pesar, las mujeres especialmente, quienes se golpean el pecho, se tiran de los cabellos, se cortan las carnes, y usan otras demostraciones de extravagante dolor. El hijo, si lo hay, hereda la casa y las mujeres de su padre. Sus pertenencias, tales como, canoas, implementos de caza y pesca, armas, y baratijas, son divididos entre sus hijos. Si no hay hijos, el hermano mayor hereda todo. Las mujeres tienen poca escogencia en la disposición de sus personas para el matrimonio: siendo ese asunto arreglado siempre por sus padres, o el pariente varón más cercano.

Los niños, de ambos sexos, pronto son enseñados a nadar; uno de sus pasatiempos favoritos es jugar en el agua, a la que ellos se lanzan tan pronto como pueden andar. Mientras avanzan en años, van instruidos en el uso del arco y la flecha y la lanza; y adquieren destreza practicando con instrumentos embotados sobre las aves de corral, perros y otros animales domésticos o pájaros que se crían en la casa. A medida que van tomando fuerzas, los muchachos tienen otras tareas que realizar; son llevados a pescar y a lanzar tortugas. En estas expediciones se ausentan, junto con los hombres de tres semanas a un mes; y al regresar comparten su botín con los vecinos y amigos. Las niñas son enseñadas temprano a acompañar a sus madres a los campos de labranza, a llevar pequeñas cargas de leña, plátanos, casabe y otros artículos; a moler el maíz, a lavar y preparar el algodón y la seda silvestre, y a atender otros oficios domésticos. Ellas juntamente con los muchachos, se bañan frecuentemente en el curso del día, pero, desde la edad de seis años, a cuya edad son generalmente esposadas, estas abluciones se realizan a cierta distancia, bajo la protección de sus madres, quienes después de un período, rara vez permiten a sus hijas estar lejos de su vista hasta que se casan, lo que generalmente tiene lugar a la temprana edad de diez a doce años.

Cuando un Indio Valiente se considera injuriado o dañado por uno de su tribu, deliberadamente afila su machete; y en compañía de un amigo suyo va a la casa de su adversario, a quien reta a combate limpio. El reto

VIAJES Y EXCURSIONES

es frecuentemente aceptado en el momento, se dan tiempo a prepararse, y el duelo no termina hasta que uno, o a veces ambos, es muerto o incapacitado.

Despliegan considerable destreza en el uso del machete, tanto en el ataque como en la defensa; y es raro encontrar a un Valiente sin una profunda cicatriz en su cuerpo, y particularmente cerca de la cabeza. Si el retado pospone la decisión de la rifa para un día futuro, la cuestión generalmente se arregla por la intervención de amigos. Habiendo sido retado por uno de esos caballeros cortantes, yo insistí en sustituir aquella arma por pistolas, a cuya propuesta él declaró: "Moda inglesa! No buena!", y por la intervención de amigos arreglamos nuestras disputas sin derramamiento de sangre. Pocos entre ellos pueden usar armas de fuego con resultados, más son muy exactos con el arco y la flecha, y son buenos y diestros lanceros.

Son por lo general corajudos, poseen mucho sentido del honor y continúan mereciendo el apelativo que les dieron sus primeros descubridores: "Indios Bravos" o "Valientes". Son gentes de una raza mucho más alta que los de San Blás, y pueden por su trato con Europeos y otros traficantes, ser considerados más civilizados que la mayoría de las otras tribus que habitan esta parte de Tierra Firme. Su odio jurado a los Españoles y su parcialidad hacia los Ingleses, como puede verse por lo que se ha narrado sobre el tema, hace un establecimiento de comercio entre ellos, ya fuese temporal o permanente, completamente seguro; y en punto de honradez, son muy superiores a sus vecinos, los Mosquitos, a cuyo rey, sin embargo ellos pagan una especie de tributo o reconocimiento anual, el que ellos consideran a luz de un presente gratuito de acuerdo como una antigua costumbre en vez de una marca de sujeción. En más de una ocasión han rehusado pagar este tributo y hace cerca de cincuenta años, cuando surgió una disputa sobre el particular, el tío del Rey Mosco con todos sus jefes y sus gentes que le acompañaban en número de cincuenta, cayeron sacrificados a su resentimiento.

Ningún Sukia, o sacerdote de ninguna clase, residió entre ellos durante los años que visité o viví en su región. Los matrimonios, bautismos y otras ceremonias, comúnmente consideradas religiosas, fueron realizadas por los ancianos del lugar. No están exentos, sin embargo, de ideas de una vida futura y de una Providencia todopoderosa; y cualquier sorprendente o providencial escape de peligro, o inexplicable conservación, le dan a veces el nombre de "obra de Dios".

Por ejemplo, en una de mis excursiones más allá de los raudales, los indios inadvertidamente dejaron que la canoa flotara tan cerca de un tremendo precipicio que no tuvieron oportunidad de remarla fuera de peligro:

Inmediatamente se lanzaron al agua y nadaron a la orilla. Habiendo sido tomado tan de sorpresa, no hallé otro medio de seguridad que la de permanecer en la canoa, la que cayó sobre el raudal y se rompió en pedazos. Cuando recobré el conocimiento, me encontré en el agua, cerca de una islita a poca distancia de la caída del agua, cogido firmemente de las ramas que colgaban sobre el río. Unos indios al otro lado del río, que no habían visto el accidente, me llevaron a mi propia casa. Sintíendome enfermo por el golpe recibido, me acosté para poder recobrarne. Mientras tanto, mis acompañantes en la canoa se habían ido a casa y dieron la noticia de mi muerte, en confirmación de la cual señalaban los destrozos de la canoa que flotaban en el río. Apenas había estado una hora en mi hamaca, cuando el viejo Jasper, y otros de los jefes, llegaron a mi casa lamentando mi muerte y dispuestos a hacer inventario de mis cosas, para entregarlas a mis parientes o acreedores. Nada puede igualar su sorpresa cuando yo me senté y les pregunté que es lo que querían hacer. "Por Roberto!" —esta era una exclamación favorita del anciano jefe—, "no ahogarse!" luego añadió con un cierto grado de asombro reverente, "esto es obra de Dios, por Roberto! sólomente obra de Dios!"

También tienen ideas vagas de espíritus deshumanizados y del otro mundo, donde esperan encontrar buenos cotos de caza con bastantes presas y provisiones. Yo creo firmemente que si hubiera un misionero sensible y permanente, de principios liberales, capaz de hacer a los Indios familiarizarse con las artes de Europa, que acompañara a cualquier traficante que residiera entre ellos, y que gradualmente venciera sus prejuicios y les señalara las ventajas de la civilización, las observancias religiosas y ciertas leyes fijas, podría ejercer gran influencia sobre ellos y hacerles mucho bien.

Sus casas son construidas cerca de las riberas del río y se erigen de la siguiente manera: se entierran tres, y a veces cuatro, postes en el suelo, a distancias equidistantes, según la longitud de la casa; a estos se asegura la solera principal. Luego se entierran postes pequeños, de la misma manera, a cada lado, a intervalos de diez o doce pies; se colocan enseguida unas varas largas desde la solera principal a la de los lados; el techo se forma cubriéndolo con hojas de una palmera, extremadamente durable; las paredes de los lados se cubren de la misma manera. Algunas veces el techo baja a los lados de la casa a unos cinco pies el suelo, y se dejan esos lados completamente descubiertos, sin pared alguna que proteja a los de adentro de las inclemencias del tiempo. En este caso, duermen en lo que ellos llaman "crikeries", una especie de plataforma elevada, formada por cuatro postes enterrados en el suelo a distancias iguales como para formar un marco cuadrado; tablas de madera de cedro, cortadas de igual longitud forman el piso de la plataforma. Este dormitorio es por lo general, lo suficientemente grande para albergar al marido y a dos o tres de las esposas; y, cuando la familia es numerosa, se construyen varios de estos dormitorios

VIAJES Y EXCURSIONES

dentro de la casa, a la altura del alero. Un poste de madera dentado sirve de escalera, y como con solo una hacha por instrumento se puede cortar una tabla, para construir esos dormitorios se requiere mucho trabajo.

Sus plantaciones de plátanos son extensas, y en Chrico Mola, se extienden por varias millas a lo largo de las riberas del río. Estas plantaciones nunca se agotan, como en ciertas partes de la Costa Mosquita, donde el terreno es pobre; al contrario, siempre nacen nuevos vástagos o hijos al pie de la planta original; y la exuberancia de su desarrollo es tal que es necesario deshojarlos con frecuencia, trasplantarlos o destruirlos. Mas adentro se cultivan grandes cantidades de casabe y maíz Indio; pero para su sustento emplean plátanos, bananos y casabe. El método de preparar el terreno para una siembra de maíz es muy sencillo; la persona invita a sus vecinos a beber chicha, les manifiesta su intención de desmontar un lote de terreno, y les solicita su ayuda. El día señalado llegan todos los hombres con sus hachas o machetes, cortan los árboles y las malezas, y dispersan las semillas por entre los troncos caídos. Esto se hace generalmente pocos días antes del comienzo de la época lluviosa. Las ramas caídas protegen los retoños del bochorno del sol, y a los cinco meses los granos, que ya han excedido esta protección, están listos para ser cosechados; lo cual es algo incómodo porque el único modo que se puede llegar hasta ellos es trepando por encima de los troncos, ramas y residuos de los árboles caídos.

Cuando se ha cosechado el grano, la madera, que por entonces ya está bien seca, es quemada, y avivada por los tallos secos de maíz, arde tan ferozmente que solo deja cenizas, y los tocones (o muñones) de las plantas en la superficie. Por medio de este método sencillo, el terreno se considera suficientemente limpio para toda clase de siembra. El cacao se da en toda plantación de banano o de plátano; el terreno en las riberas del Chrico Mola y de otros ríos que desembocan en la Laguna de Chiriquí se presta muy bien para el cacao; llega a su perfección a los cuatro o cinco años, y no da muchos problemas a los agricultores, quienes lo cultivan solo para su propio consumo; aunque si lo cultivaran como artículo de comercio, se producirían inmensas cantidades, de calidad excelente, en las riberas de esos ríos.

El terreno aledaño a Chrico Mola, como ya se ha dicho, es extremadamente fértil; produce a la perfección casi todas las frutas propias de la América del Sur; tales como el mamey, sapotillo, cocos, naranjos, algarroba, "soupa" (que en su época se prefiere al plátano, banano y casabe); y una variedad de otras frutas valiosas y deliciosas.

La "soupa" merece especial atención. Es una especie de palma; el tronco está completamente cubierto de púas y espinas, y mide de cincuenta a sesenta pies de alto: en la cima, las hojas se esparcen en una forma similar

al cacao —tienen forma de pluma, muy delgadas, onduladas y encrespadas hacia la punta. Da varios racimos de frutas, teniendo cada racimo de ochenta a cien frutas. Primero son verdes, luego amarillas como una manzana, y finalmente se tornan rojas a medidas que van madurando. Son del tamaño de un huevo de gallina, y muchas veces carecen de semilla; el fruto es harináceo, y un sustituto excelente en la ausencia de pan o verduras. La madera del árbol es extremadamente dura, pesada y de fibra muy compacta; se usa para hacer arcos, pértigas para atrapar tortugas, y para mangos de lanza. El tronco es tan espinoso que las frutas sólo se pueden cortar valiéndose de largas varas de bambú, o cuando están tan maduras que caen al suelo.

El modo de vida de los Valientes es cómodo por regla general: La naturaleza les ha dado todo lo necesario para vivir: las plantaciones se manejan con poco esfuerzo, y en sus bosques hay abundancia de animales de caza: en los ríos hay abundancia de peces, y en las lagunas, gran variedad de tortugas de buena calidad y otros alimentos para su sustento. En tiempos pasados, la vestimenta usual de esos Indios era hecha de una especie de corteza de árbol, que se preparaba poniéndola en remojo primero, y después machacándola con una clava lisa y pesada hasta que alcanzaba una consistencia semejante a la del cuero de "shamoy" (chamois). Luego se le daba una forma cuadrada, con un hoyo en el centro para pasar la cabeza. Sin embargo, esta vez iban ataviados con más decencia; algunos de ellos hasta se pusieron un traje Europeo; y yo he visto a los comerciantes y hombres importantes bien vestidos, podríamos decir, o, como ellos mismos dicen, "al estilo de un verdadero señor Inglés", y seguidos por muchos de sus compatriotas menos afortunados que tenían algún favor que pedirles o simplemente iban deseosos de rendir homenaje al gran hombre quien, mientras tanto, marchaba con aire arrogante con un parasol de seda sobre su cabeza.

La época lluviosa no es considerada por ellos como una época insalubre: al contrario, es una época de descanso y esparcimiento, en la cual hacen fiestas para beber preparaciones ligeras de cacao, que consumen en grandes cantidades. Su método de prepararlo es muy sencillo: simplemente se machaca con una piedra y se muele hasta convertirlo en una pasta o masa, que se diluye con agua caliente; y en esa forma es dado a los invitados en jicaras conteniendo cada una un cuarto de galón: Algunos Indios se beben ocho o diez cuartos de galón de una sola sentada, lo cual lo sume en un estado de letargo. En esas reuniones uno de sus pasatiempos favoritos es contar cuentos largos, o arengar en un tono de voz armónico y monótono, y todos escuchan sin interrumpir al orador, aunque se les haga muy difícil creer la historia que éste relata. Yo mismo, en más de una ocasión, les he relatado alguna anécdota interesante de mi vida o les he hablado de la potencia y el desarrollo Europeo: Y aunque lo que yo les decía les debe haber

VIAJES Y EXCURSIONES

sido difícil de comprender, ellos, aunque son muy ignorantes, nunca interrumpieron mi relato. Cuando el relato llegaba a su fin, algunos de los más ancianos se quedaban pensativos unos minutos, y después de mirar a su alrededor para recoger, como si dijéramos, las opiniones de los asistentes, decían en tono suave: "Lie, Robert, Lie" (Mentira, Roberto, mentira, —a lo cual yo contestaba, "no es mentira, todo es verdad, al estilo Inglés", "pero ahora", añadía yo "voy a hacerles un relato de mentiras"— a lo cual ellos se congregaban a mi alrededor con gran deleite para escuchar "a Robert relatar cuento".

Sus bebidas de chicha son diferentes; y, en algunos casos, ese licor, lo mismo que una especie de vino hecho del fruto de un tipo de palmera, los intoxica totalmente. Pero esto es mucho menos frecuente entre los Valientes y los San Blás, que entre cualquiera otra tribu de Indios que yo conozca; y esas competencias de beber, sólo se dan en ciertas ocasiones especiales, tales como antes de salir a la pesca de la tortuga, al levantar una cosecha de maíz, en una boda o al nacimiento de un niño.

Pueda que hayan sitios en la costa más favorables para el comercio; pero, como residencia saludable o como sitio donde se establezcan permanentemente los Europeos, yo prefiero a Chrico Mola River sobre cualquiera otro de los lugares que he visto. Los animales domésticos aumentan rápidamente con el menor cuidado que se les preste; unos cuantos cerdos, que yo conseguí para la crianza, al igual que unas cuantas aves de corral, se reprodujeron con tal rapidez, que yo no sabía que hacer con ellos hasta el mes de Mayo, cuando llegarían los comerciantes a quitarlos de mis manos junto con unas cuantas vacas y terneros.

Los mosquitos, moscas, y otros insectos que son tan molestos en la costa, aquí apenas si se ven; y, durante mi estadía, siempre dormí sin necesidad de mosquitero. Las serpientes y otros reptiles venenosos son igualmente escasos, y es aún más raro oír hablar de alguien que haya sido mordido por uno de ellos. Sin embargo, en una ocasión me escapé con dificultad de uno de esos animales. Me había estado bañando una mañana como de costumbre y me disponía a dirigirme hacia mi casa por la ribera, cuando uno de los Indios que venía río abajo en una canoa, señaló en dirección a unas piedras grandes, redondas y de color oscuro, cerca de las cuales yo había puesto unos minutos antes mi camisa y pantalones, y exclamó "Hai Robert, la ves, la gran serpiente". Sin embargo yo no vi nada: El Indio me sugirió que me apartara del lugar, que cogiera mi escopeta y que me metiera en la canoa. Yendo en dirección opuesta al sitio que había señalado, pude ver finalmente, enrollada entre las piedras a una gran serpiente de color oscuro, con la cabeza en el centro del círculo un poco erguida, aparentemente dormida. Apuntando de una distancia prudente, le hice añicos la cabeza con el contenido de los dos cañones de la

escopeta. Esta serpiente era de una especie cuyo piquete es mortal, pero yo más bien creo que era una boa color oscuro: medía más de 12 pies de largo, y los Indios afirmaron que debía haber cruzado el río proveniente del monte que quedaba al lado opuesto, porque es muy raro que se arrimen a las plantaciones.

Como he hecho excursiones frecuentes a la Laguna de Chiriquí, puedo asegurar con certeza a cualquier navegante que la visite, que en ella encontrará un puerto seguro y magnífico. Tiene tres entradas, una al este por la Punta de Valiente o Valencia; la otra por el nor-oeste al lado de los cayos de Sapadilla; y la tercera por la Laguna de Bocas del Toro. —La primera y segunda entrada arrastran una corriente suficiente de agua para barcos de gran tamaño; y la Laguna es capaz de dar albergue a toda la Marina Británica protegiéndola de todos los vientos. Hay varios escollos de coral blanco en la Laguna, pero todos son perfectamente visibles a la luz del sol; y como el agua, en general, es completamente mansa, una vigilancia alerta es todo el pilotaje que se necesita. A la entrada oriental hay un cayo pequeño, (*) y a su lado opuesto, en el extremo norte de una playa arenosa, y no lejos de la entrada al puerto, hay una cascada que se desprende de un peñasco que está a unos cinco pies del suelo, —formando uno de los sitios más convenientes para abastecerse de agua pues puede arimársele hasta un buque de 74 piezas de artillería. Es superior a “Water Kay”, que, al igual que “Tigers Island” y “Provision Island”, y muchos otros lugares a lo largo de esta costa, recibió su nombre de los viejos Bucaneros. La entrada a la Laguna de Bocas del Toro, o Bahía del Almirante, del costado nor-oeste, es estrecha, pero da paso a una embarcación de tamaño mediano; y tiene como tres brazas de profundidad en su canal; la otra entrada, del lado de “Provision Island”, tiene también un canal bueno, de suficiente profundidad pero las mejores entradas a la Laguna de Chiriquí, son las del lado Este.

“Provision Island” ha estado ocupada durante muchos años por pescadores de San Andrés y de las Islas del Maíz (Corn Island), quienes trafican sus conchas de tortuga (carey), y otros productos, con los comerciantes que llegan anualmente.

Yo realicé muchas excursiones a las varias islas y cayos en esas lagunas, y encontré abundancia de guanes, guacos, palomas, monos, venados, y gran variedad de caza. También se da la vainilla, una planta valiosa de la cual hablaremos luego. En algunas de esas islas hay una especie de tigre pequeño, que no es peligroso en lo más mínimo; el clima se considera sano, las lagunas, a pesar de las copiosas lluvias en la época lluviosa, reciben en todo tiempo una brisa del mar. Entre “Provision Island” y una isla

(*) Cayo de Patterson.

VIAJES Y EXCURSIONES

pequeña que queda al lado opuesto de ella, hay una ensenada profunda conocida con el nombre de "Nancy's Cove"; está completamente protegida de todos los vientos y el agua permanece tan mansa como en una alberca. De aquí a la entrada nor-oeste del puerto de Bocas del Toro hay como 16 millas; y la longitud total de ambas lagunas no puede ser menos de noventa a cien millas.

Los Bucaneros y comerciantes libres tenían la costumbre de esconder sus embarcaciones en esas lagunas, cuando se sentían amenazados por el enemigo, metiéndolas en ríos, o en escondites embrollados, bajos los colgantes ramajes de los árboles; y, bajando los masteleros y cubriendo con ramas verdes los mástiles y vergas, quedaban tan ocultos que era casi imposible, aún para el ojo agudo del más experto Indio, descubrir el más leve indicio de la presencia de una embarcación.

Y aún cuando eran descubiertos, nadie se atrevía a atacar a un enemigo que, protegido por los ramajes y ayudado de sus aliados Indios, podía vencer a sus asaltantes sin exponerse a un solo disparo bien asestado.

Las riberas de muchos de los ríos que desembocan en esas lagunas se encuentran actualmente desprovistos de habitantes; aunque, en un tiempo, la región estaba poblada de numerosas tribus, algunas de ellas bastante antiguas, a juzgar por las apariencias de las ruinas de sus colonias. Los Chilibeas, los Tiribeas y los Blancos en un tiempo fueron numerosos; pero a consecuencia de sus guerras y la introducción de las enfermedades Europeas, hoy día casi están extintos. De la en un tiempo numerosa tribu de los Chilibeas, que poseyeron las orillas de la Laguna de Bocas del Toro, no quedan más de tres familias en ese lugar; y los Tiribeas y Blancos están decayendo de igual manera, quedando su región muy escasamente poblada. Sin embargo los Valientes parecen mantener su posición y haberse concentrado principalmente en Chrico Mola y en los ríos Coco, Beling —(o Belén de acuerdo con los Españoles)— y algunos otros ríos de cuyas cabeceras se sabe muy poco.

Quando los comerciantes regresaron un tiempo después de haberme establecido en Chrico Mola, el producto de mis empeños era de más de 9,000 libras de zarzaparrilla, además de cacao y una cantidad considerable de carey y otros productos valiosos. Mis razones para abandonar ese lugar serán explicadas luego; y si un nuevo comerciante visita esa región, les recomiendo a mi amigo el comerciante nativo Whykee Tarra como ayudante honrado y fiel.